

Jesús Buscado por Sus Enemigos, y Entregándose Como Sustituto para Su Pueblo

Un sermón sobre Juan 18:8b

Por Rev. G. Van Reenen (sermón 162a)

Lectura Bíblica: Juan 18:1-14

Salterio 47: 6, 7

187:1, 2, 3, 4

312: 2, 3, 6

241: 1, 2, 7, 8

Introducción

Queridos amigos, leemos en las profecías de Zacarías acerca de los “*prisioneros de esperanza*” (Zac. 9:12). Sin lugar a dudas, por un lado esto se refiere al pueblo de Israel, el cual fue llevado al cautiverio en Babilonia por causa de sus pecados. Sin embargo, creemos que el significado de la palabra de Dios en aquel versículo se extiende más allá del pueblo de Israel; también es una palabra de consuelo para el pueblo de Dios hoy en día que conoce, por la gracia descubridora, qué significa ser atado por las cadenas del pecado y de la muerte por causa de la caída del Paraíso y el pacto de obras que ha sido roto, pero por la gracia salvadora, ya saben qué significa ser “prisioneros de la esperanza”.

¿Qué es lo que espera este pueblo de Dios? La Iglesia viva espera que algún día goce del privilegio de estar libre de esas ataduras del pecado y de la muerte. Así fue con Israel en el cautiverio, y así sigue con el pueblo de Dios hoy mismo. Es más, tal como la esperanza del Israel cautivo no era en vano, pues fue liberado de Babilonia y privilegiado volver a su propia tierra, así es también con el Israel espiritual: aquel pueblo puede cantar con el Salmista: “*Vuelve, oh alma mía, a tu reposo, porque Jehová te ha hecho bien*” (Salmos 116:7).

Se encuentra el fundamento de esta liberación de la Iglesia de Dios en las palabras de nuestro texto, que se encuentran en Juan 18, versículo 8, la segunda parte, donde leemos la palabra de Dios como sigue: “***Si me buscáis a mí, dejad ir a éstos***”.

Queridos amigos, estas palabras fueron escritas por el apóstol Juan bajo la dirección del Espíritu Santo. El Evangelio según Juan es el último de los cuatro Evangelios, pero no es en ninguna manera de menos importancia. Al contrario; para los hijos de Dios, hay algo especial que se lee en este Evangelio de Juan. Tal vez alguien diga: “¿Qué es lo que hace que los escritos del apóstol Juan sean tan distintos?” La respuesta a esta pregunta no es difícil; de hecho, Juan mismo se describe como “*el discípulo a quien amaba Jesús, el mismo que en la cena se había recostado al lado de él*” (Juan 21:20). Y, tanto entonces como hoy en día, siempre se puede percibir cuáles son las personas que tienen una comunión más íntima con Jesús. Juan pudo decir: “*Lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos*

contemplado, y palparon nuestras manos al Verbo de vida; [...] lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos” (1 de Juan 1:1, 3). Por eso, el Evangelio de Juan es tan profundo, y a la vez es tan fácil de leer. Y, como nos dicen los historiadores que Juan escribió su Evangelio a las iglesias de Asia, donde había entre ellas aquellos que habían negado la Divinidad de Cristo, desde principio a fin de este Evangelio se oye una manifestación de esta doctrina fundamental.

Ahora bien, hemos escogido nuestro texto del Evangelio de Juan, y hemos leído acerca de Jesús en el huerto de Getsemaní, aquel huerto donde la Iglesia de Dios aprende muchas lecciones espirituales, las cuales les causan mucha vergüenza por un lado y mucho consuelo por otro lado. Es cierto que Jesús sufrió mucho en el huerto de Getsemaní, pero jamás retrocedió ni siquiera un centímetro del camino que Él había que recorrer. En aquel huerto, *“era su sudor como grandes gotas de sangre que caían hasta la tierra”* (Lc. 22:44). Sin embargo, Él fue animado y fortalecido después de haber orado mucho a Su Padre en el huerto de Getsemaní, y ahora Lo vemos acercándose a Su discípulos, y les dice: *“Levantaos, vamos; he aquí, se acerca el que me entrega”* (Marcos 14:42). Así que, sabiendo completamente lo que Le esperaba, Cristo sale del huerto de Getsemaní y se acerca a los enemigos para entregarse como sustituto de Su pueblo.

Quisiera meditar sobre este hecho tan consolador para el pueblo de Dios, y el tema de nuestro mensaje hoy será:

Jesús Buscado por Sus Enemigos y Entregándose como Sustituto para Su Pueblo

Al considerar este tema, vamos a pensar en tres puntos principales:

- 1. Lo precioso del Buscado;**
- 2. La maldad de los buscadores; y**
- 3. La seguridad de los protegidos.**

Que el Señor nos envíe Su luz y Su verdad, para que por Su gracia seamos bendecidos tanto en hablar como en escuchar.

PRIMER PENSAMIENTO

Queridos amigos, en nuestras mentes podemos ver, en medio de las tinieblas de la noche, una compañía grande que se acerca a Jesús con linternas y antorchas, como si buscaran a un criminal muy peligroso. Incluso hay alguaciles y soldados que acompañan a los principales sacerdotes y los fariseos. Sin embargo, Él que fue buscado era el opuesto de ser un criminal; era el gran Benefactor de los hombres.

¿Quién es Éste que fue buscado como si fuera un maleante? Oh amigos, fue el precioso Jesús. Él Mismo había preguntado a los buscadores: *“¿A quién buscáis?”*, y al responder ellos: *“A Jesús nazareno”*, Él les dijo: *“Yo soy”*. Entonces, vemos que el Buscado fue Jesús de Nazaret, Él que había sanado a sus enfermos, y Él que había dado de comer a sus hambrientos. Tan sólo tenemos que pensar en los miles que recibieron pan de Él en el milagro de los cinco panes y dos peces (Juan 6). El Buscado fue

Él que había consolado a sus afligidos; es más, había resucitado a sus muertos, y había llorado al ver su dureza de corazón...y, ahora ellos mismos Lo buscaban como si fuera un criminal.

Otra vez nos preguntamos: “¿Quién es Éste que fue buscado de esta manera?” La respuesta es: Él de que Quien los ángeles cantaron en Belén: “*¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres!*” (Lc. 2:14) Es Él de Quien del Padre dijo desde el cielo: “*Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia*” (Mt. 3:17). Sí, el Buscado es Él a Quien los patriarcas, los profetas, y pobres pecadores habían esperado por miles de años. Queridos amigos, el Buscado es el precioso Jesús, el Fiador tan lleno de amor. Es el Salvador, el Pan de la vida, la Luz del mundo; en pocas palabras, Él que es buscado “*es el todo, y en todos*” (Col. 3:11).

Tal vez alguien dice: “¿Pero acaso no es bueno buscarlo?, pues Él dice “*Me hallan los que temprano me buscan*” (Prov. 8:17), y “*el que me halle, hallará la vida*” (Prov. 8:35)”. Por supuesto, es así que el pueblo de Dios Lo busca. Sin embargo, no es el caso aquí. Los enemigos de Cristo Lo buscaron como si fuera un ladrón, o un homicida, o un maleante inicuo. Estos buscadores de nuestro texto están armados con espadas y palos, e incluso llevan sogas para atarlo. Sí, ellos Lo buscan para matarlo, para crucificarlo, y para exterminarlo para siempre desde en medio de ellos.

Oh, ¡qué pueblo más miserables son aquellos que así buscan a Jesús, con una enemistad diabólica, y con el deseo de vituperarlo, escupirle, condenarlo, y matarlo! Mis queridos amigos, aquellos que Lo buscan a Jesús de esa manera encontrarán la muerte. Veremos más sobre este punto en nuestro segundo pensamiento, **la maldad de los buscadores**.

SEGUNDO PENSAMIENTO

¿Quiénes son estas personas que así buscan a Jesús para matarlo? Mirémoslos por un momento.

El que va adelante es Judas...sí, ¡Judas, el mismo discípulo de Jesús! Es seguro que los demás discípulos no habían tenido ningún pensamiento malo de Judas, porque incluso le habían encargado con la bolsa de dinero. Era uno de los doce hombres privilegiados que anduvieron con Jesús por tres años. Se sentó a la misma mesa con Jesús para compartir del pan, e incluso fue uno de los que Le habían preguntado a Jesús: “*¿Soy yo, Maestro?*” cuando Él había dicho: “*De cierto os digo, que uno de vosotros me va a entregar*”. Y ahora vemos la certeza de lo que Cristo había respondido: “*Tú lo has dicho*” (Mt. 22:21, 25).

Ahí va Judas, como líder de este grupo de buscadores, así aprovechando de una manera muy engañosa el conocimiento que él tenía de los lugares donde Jesús acudía para descansar. ¡Qué terrible es encabezar a los enemigos de Dios! Piensen en Ahitofel, el otrora amigo de David que lo abandonó para luego encabezar el grupo que buscaban la vida del rey David. Es terrible emplear el conocimiento que

tenemos acerca de la escuela de Cristo y el pueblo con quien Él anda para buscar su mal, tal como hizo Judas. Podemos estar seguros de que esto llevará a la destrucción eterna.

Detrás del traidor Judas vienen los sacerdotes, los mismos que debían de haber estado ministrando al pueblo de Dios. Les pregunto: ¿Acaso no es lo mismo hoy en día? Y no me refiero a los supuestos sacerdotes de la iglesia Católica Romana, quienes tienen mucha enemistad en contra del Sumo Sacerdote Jesucristo. Al contrario; me refiero a los tantos pastores que llevan el nombre de Cristo, y supuestamente son pastores “cristianos”, pero adentro llevan mucha enemistad en contra de Jesús. Les aseguro que un pastor engañoso en el púlpito es mucho más peligroso que la persona más mundana que existe.

Los **fariseos y los sacerdotes siguen** en la procesión que está buscando a Jesús para aprehenderlo. Estos son los hipócritas, y aquellos hombres que están llenos de sus propias buenas obras y justicias. Y, les pregunto de nuevo: ¿Acaso no es lo mismo en nuestro día? En nuestros tiempos más que nunca existen aquellos que son justos en sus propios ojos, y que desprecian a los pobres y menesterosos que realmente buscan a Jesús. Esta clase de persona dice que busca a Jesús y el cielo, pero de hecho, son enemigos de Jesús y de Su pueblo.

Detrás de los fariseos vienen los escribas y los ancianos, que eran los así llamados “eruditos” de aquel tiempo. No es que estemos en contra del conocimiento; al contrario, siempre es bueno aumentar nuestro conocimiento, y la Biblia nos dice que *“El alma sin ciencia no es buena”* (Prov. 19.2). Sin embargo, es una verdad de que la mayoría de los intelectuales y eruditos son enemigos verdaderos de Jesús. Es por eso que los escribas que forman parte del grupo que busca a Jesús son los mismos que llevan las linternas. Por decirlo así, ellos también son los que llevan otra clase de antorcha: alumbran a los demás acerca de Jesús, pero de una manera muy engañosa.

Los soldados siguen detrás de los escribas y ancianos. ¿No es cierto hasta el día de hoy que casi no es posible que una persona que teme a Dios esté entre los soldados, pues maldicen mucho y se hacen la burla de lo que es santo. ¡Qué espíritu más maligno es aquel que reina en los cuarteles y en las naves de guerra! Y, de la misma manera, aquí vemos a los soldados romanos en la procesión que busca a Jesús.

Por último, les siguen una gran multitud. Esa gente representa el mundo, tanto el mundo así llamado “moral” con el mundo inmoral. A veces son los miembros de nuestras mismas familias que persiguen a Cristo y a Sus seguidores; tal vez es tu hijo, tus padres, o aun tu esposo o esposa. De hecho, por la naturaleza todos somos perseguidores de Cristo y Su Iglesia. Sí, tú también, amigo no salvo en medio de nosotros; ¡tú también persigues a Cristo, aunque no te des cuenta! Hijos de Dios en medio de nosotros, también ustedes y yo andábamos anteriormente con ese grupo que busca a Jesús para matarlo, aunque lo decimos con mucha tristeza y vergüenza.

Tal vez nos preguntamos esta mañana: ¿Qué es el motivo por el cual este grupo busca al precioso Jesús? Como respuesta, tendríamos que decir que los motivos son muy diversos.

Judas Iscariote lo hizo para ganancia personal: quería enriquecerse más con las treinta piezas de plata. Es lo mismo hoy en día: hay muchos que piensan que es mucho más beneficioso maldecir a Jesús que seguirlo. En el día de juicio ellos, tal como Judas, se darán cuenta de que se han equivocado grandemente.

Los sacerdotes buscaron a Jesús por causa del orgullo, pues ellos querían seguir siendo los sacerdotes principales, y vieron a Jesús como una amenaza a su posición de autoridad, y por lo tanto el Gran Sumo Sacerdote tiene que ser matado.

Y, ¿qué de los fariseos? ¿Qué les motivaron a ellos buscar a Jesús? La triste verdad es que el fariseo de aquel entonces y el fariseo de hoy en día son iguales; no quieren deshacerse de sus propias justicias, no quieren humillarse delante de Jesús, y no les gusta la idea de llegar a ser pobres pecadores perdidos delante de los pies de Jesús.

Los escribas tendrían que haber llegado a ser necios ante Él Quien es la Sabiduría misma, y tendrían que repetir con el apóstol Pablo: *“Derribando argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevando todo pensamiento a la obediencia a Cristo”* (2ª de Cor. 10:5). Los así llamados intelectuales y eruditos hoy en día tienen que someterse con todo su conocimiento bajo la sabiduría de Dios, y cada pensamiento tiene que ser sometido a la obediencia a Cristo. Y, como ya sabemos, los académicos y los eruditos no pueden y no quieren hacer esto, porque piensan que son más sabios que Cristo Mismo. Por eso, también están en contra de Cristo y quieren que Él sea matado.

Y por último, ¿cuál fue el motivo de los soldados de buscar a Jesús para matarlo? Oh amigos, ellos lo hacían (y siguen haciéndolo) por causa de su supuesta valentía y machismo.

Hay miles de motivos por los cuales la gente no quiere a Jesús y busca matarlo, pero la raíz de todos los motivos, tal como hemos visto arriba, es que existe *la enemistad, la ceguera, y el orgullo* en cada persona por la naturaleza. Así fue en tiempo de Jesús, y así permanece hasta el día de hoy. ¿Qué consiguen estas personas con su enemistad? Oh amigos míos, buscan a Jesús de Nazaret, y encuentran la muerte, el infierno, y la destrucción eterna. ¡Ay de aquellos que tropiezan en la Piedra que ha venido a ser la cabeza del ángulo! Esto se revela en sus lechos de muerte, pero se revelará aun más en el gran día de juicio, cuando aquellos enemigos escucharán la sentencia de Cristo, el Gran Juez: *“Aquellos mis enemigos que no querían que yo reinase sobre ellos, traedlos acá, y decapitadlos delante de mí”* (Lc. 19:27).

Debemos profundizar aún más el tema. Es cierto, las personas de este grupo que buscaba a Jesús no fueron más que instrumentos. ¿De quién fueron instrumentos? Había otros poderes que buscaba Su muerte. ¿Saben cuáles fueron? En primer lugar, Satanás Lo buscaba a Cristo; en segundo lugar, la Santa Ley de Dios Lo buscaba; en tercer lugar la muerte Lo buscaba, y por último, ¡el Santo Señor Dios Lo buscaba!

Seguramente alguien presente nos preguntará: “¿Por qué todos estos Lo buscaban a Jesús?” Queridos amigos, el Precioso Jesús se hizo Fiador para Su pueblo; con un juramento Él se entregó para satisfacer la

ira de Dios por la culpa de los elegidos. Oh hijo de Dios entre nosotros, Él dejó que Lo atasen para morir la muerte que tú mereces, para extinguir el infierno tuyo, y para tomar sobre Sí la condenación tuya. Sí, ¡Dios Mismo buscaba a Cristo para que pudiera soportar el castigo tuyo! Y, es por eso que fue buscado, pues el tiempo había llegado para el cumplimiento de lo que Él había prometido desde la eternidad. Oh amigos, aquí vemos el misterio de la sabiduría y la gracia de Dios; Dios Mismo busca a Su Hijo amado para que Él expiara la culpa y llevara el castigo de Su pueblo. Y, así buscado por Su Padre, Cristo no huye ni se retira del camino que Le esperaba; al contrario, Él está preparado para ofrecer Su sangre y Su vida para los hijos amados de Su Padre, que también son amados por Cristo Mismo. Es más, Cristo hace todo esto para la gloria de su Padre. El amor inefable de Cristo a Su Padre y del Padre a Su Hijo es lo que es la razón por la cual se efectuó la salvación de los elegidos, y es para la gloria y la alabanza del Padre y del Hijo. ¡Qué armonía más bendita existe entre el Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo en la redención de Su Iglesia!

De la misma manera, Cristo *se entrega* a Sus enemigos; Él no es *tomado* preso, sino que se entrega de Su propia voluntad. Al entregarse, Cristo sabía qué Le esperaba, pero aún así se entrega, tal como nos dicen las Escrituras: “*Jesús, sabiendo todas las cosas que le habían de sobrevenir, se adelantó*” (Jn. 18:4). Para demostrar esto, leemos que Jesús se acerca a este grupo de enemigos y les pregunta: “¿A quién buscáis?”, y cuando Le dicen que buscan a Jesús nazareno, Él les dice: “Yo soy”.

Sin embargo, ¿qué ocurre cuando Jesús les dice esto? Al oír la palabra de Jesús “Yo soy”, leemos que todos retrocedieron y cayeron a tierra, como si fueran alcanzados por un rayo. Oh amigos míos, aquí vemos que un pequeño rayo de la Divinidad de Cristo brilla en la “nube” de Su naturaleza humana. Dos palabras salen de la boca del Salvador, y ahí yace todo el grupo de traidores, a los pies de Jesús. De hecho, si Él no les hubiera dado sus fuerzas de nuevo, ellos jamás habrían podido levantarse de nuevo. Es más, si Jesús hubiera querido condenarlos al mismo destino que habían recibido Coré, Datán y Abiram (Núm. 16), así habría sucedido a este grupo de enemigos.

Mírenlos; ¡todos ellos cayeron a tierra! Fíjense que ellos no caen hacia Jesús, sino que “retrocedieron”. Esto es un símbolo de la gran diferencia entre los que son regenerados y los no regenerados. El pueblo regenerado cae hacia Jesús, postrándose delante de Él y rogándole: “Oh Jehová, libra ahora mi alma” (Salmo 116:4). Sin embargo, los enemigos caen retrocedidos de Jesús y así permanecen como enemigos.

No obstante, esta banda de enemigos no se humilla, sino que se levanta de nuevo. Otra vez Jesús les pregunta: “¿A quién buscáis?”, y una vez más ellos responden: “A Jesús nazareno”. Ahora esperaríamos que uno de estos enemigos ya alcanzara la mano para tomarle a Jesús. Sin embargo, Judas se acerca a Jesús y Lo besa, como habían acordado entre sí: “*Y él que le entregaba les había dado señal, diciendo: Al que yo besare, ése es; prendedle*” (Mt. 26:48). Luego los enemigos prendieron a Jesús y le ataron. ¿Ahora

pueden ver cómo es necesario un milagro de Dios en nuestra vida, porque al contrario, si no somos nacidos de nuevo, nos quedamos enemigos de Cristo, y permanecemos en nuestro camino hacia el infierno.

De esta manera Jesús se entregó a Sus enemigos, y lo hace para Su Iglesia, que es Su novia. Esto se hace manifiesto cuando Jesús les dice: “*Si me buscáis a mí, dejad ir a éstos*” (v. 8). Esto nos lleva a nuestro tercer pensamiento, **la seguridad de los protegidos.**

TERCER PENSAMIENTO

“*Dejad ir a éstos*”. No debemos entender estas palabras como una sugerencia, sino un mandato firme y poderoso. Como Rey y Todopoderoso, Jesús proclama la liberación de Sus discípulos. No hay enemigo feroz o furioso que pueda tocar uno del pueblo de Dios. Aun va libre el discípulo que había cortado la oreja del siervo del sumo sacerdote. ¿Acaso no piensan que uno de los romanos o judíos enfurecidos hubiera agarrado a Pedro si les hubiera sido posible? No obstante, ninguna mano le toca, y él va libre con los demás de los discípulos.

La palabra de Jesús actúa como un salvoconducto no sólo para los once discípulos, sino para todos Sus discípulos en todo el mundo, para toda la Iglesia redimida, y también para ti, hijo de Dios entre nosotros. Tal como se expresa tan hermosamente la liturgia para la Santa Cena, “por eso fue atado (a la cruz), para que nosotros pudiéramos ser librados”. *(Nota: parece que existe un error en la traducción de la liturgia, pues en el original habla de cómo Cristo fue atado en el huerto de Getsemaní; en el español dice que fue “atado a la cruz”. Cristo no fue crucificado en el huerto de Getsemaní, y fue clavado a la cruz – BG)* Es más, no sólo Juan, Pedro, Tomás y los demás discípulos confiesan esto, sino toda la Iglesia del Dios Viviente a través de los siglos, sí, todos aquellos que han sido elegidos desde toda la eternidad, y para quienes ofreció Jesús Su vida y Su sangre.

El pueblo de Dios, el cual ha sido hecho vivo por el Espíritu de Dios, se regocija diciendo: “Jesús dejó que Lo prendieran y que Lo ataran, para que nuestras ataduras sean quitadas”. Fíjense, mis amigos, que este pueblo no dice “para que nosotros no seamos atados”, sino “para que nuestras ataduras sean quitadas”. Tal vez alguien se pregunta: “¿Acaso fueron atados los discípulos y los demás hijos de Dios”? Sí, amigos míos, el pueblo de Dios experimenta que es atado con las cadenas del pecado y de la muerte, con las cadenas de Satanás y las tinieblas, y con las ataduras de la incredulidad y la enemistad. Por tal motivo, cuando la Iglesia experimenta que Jesús hace que sus cadenas sean quitadas, ya puede cantar con el Salmista: “*Los sacó de las tinieblas y de la sombra de muerte; y rompió sus prisiones*” (Sal. 107:14).

Hijo de Dios entre nosotros, ¿conoces tú estas cadenas? Y si las conoces, ¿puedes librarte de ellas de ti mismo? ¿Acaso no necesitas ser desatado? Es así que oras con el pueblo de Dios: “*Sácame de la red que han escondido para mí, pues tú eres mi refugio*” (Sal. 31:4).

Es para este pueblo de Dios que Jesús se entregó a Sus enemigos. Les ofrece Sus manos voluntariamente, y permite que Sus brazos sean atados. Oh hijo de Dios, ¡he aquí tu Fiador así! Mira esas cadenas; son tus pecados que Lo atan. ¡Es tu culpa! Sin embargo, he aquí el amor de Jesús, Quien dejó que Lo atasen para ti, para que tú fueras librado de todas las ataduras que te oprimían.

Los discípulos de Jesús no entienden nada del propósito ni del amor de Jesús en aquel momento. Sin decir nada, ellos miran lo que estaba sucediendo. Ninguno de ellos hace nada hasta que prendieron a Jesús; entonces es más que puede soportar Pedro. Cuando los enemigos ponen sus manos inmundas en Su Santo Maestro, ¡ya tiene que ponerse en acción! Desenvaina su espada y comienza a amenazar con ella para que estos traidores se detengan.

Sin embargo, Pedro no recibe honor de Jesús por haberlo defendido; al contrario; él recibe una amonestación: “*Mete tu espada en la vaina; la copa que el Padre me ha dado, ¿no la he de beber?*” (v. 11). Y eso no es de sorprender, pues si Pedro hubiera detenido a estos enemigos, todo el propósito de Jesús habría sido parado. Seguramente Pedro pensaba que estaba actuando para el honor y la gloria de Jesús, pero al contrario, el honor de Jesús existía en el hecho de que nunca se defendió contra sus acusadores. ¡Cuántas veces en la vida de los hijos de Dios ellos hacen algo pensando que lo están haciendo para la gloria del Señor, cuando de hecho no lo es!

Sin embargo, amigos, no podemos menospreciar a Pedro debido a sus acciones impulsivas; al contrario, debemos avergonzarnos. ¿Cuál es *nuestra* reacción cuando escuchamos el Nombre de Jesús siendo blasfemado? Había un tiempo en mi vida cuando prefería recibir un golpe en la cabeza que escuchar el Nombre de Dios tomado en vano, pero ahora hay veces cuando puedo oírlo tantas veces sin decir nada. ¡Qué vergüenza! Hoy en día la Iglesia de Dios lo puede soportar tan fácilmente cuando la banda de enemigos menosprecia y blasfema a Jesús en la prensa, en público, y en el gobierno, y cuando quitan Su precioso Nombre de nuestros colegios, de nuestras casas, y aún de nuestros corazones.

Entonces, Jesús responde: “*Dejad ir a éstos*”. ¿Cómo fueron permitidos a ir “éstos”, los discípulos de Cristo? Pudieron ir en *paz*, esa “*paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento*” (Fil. 4:7). Pudieron ir en *libertad*, esa gloriosa libertad de los hijos de Dios. Pudieron ir a *reposar*, pues “*queda un reposo para el pueblo de Dios*” (Heb. 4:9). Es más, al final pudieron ir a su *morada eterna*, esas moradas preparada por Jesús (Jn. 14:2), para así conocer, amar, disfrutar, y servir al Dios Trino para siempre.

Hijo de Dios, he aquí el misterio de la salvación: mientras Jesús es llevado como cautivo para morir la muerte de los impíos, la Iglesia de Dios es llevado al Señor para gozar de la vida eterna. Sobre esta maravilla cantó el poeta, y cantaremos con él del **Salterio 312, las estrofas 2, 3, y 6**.

APLICACIÓN

Querido amigo, que me estás acompañando en el viaje hacia la eternidad, permíteme preguntarte: ¿Compartes tú estas bendiciones que Jesús ganó por Su pueblo al ser aprehendido y matado?

Hay miles y miles que sueñan con la libertad, y dicen con los fariseos en el tiempo de Jesús: “*Linaje de Abraham somos, y jamás hemos sido esclavos de nadie*” (Jn. 8:33). No se dan cuenta de que son pobres esclavos del pecado, cuyo único deleite en Jesús es el buscarlo tal como hicieron la banda de enemigos que lo buscaban en Getsemaní. Oh, será terrible para tales personas cuando venga el Juez para juzgar a los vivos y a los muertos. Entonces estas personas engañadas verán a Jesús, pero Lo verán acercándose con las huestes celestiales para atarlos; serán atados juntos con los judíos, los fariseos, los escribas, pero también con los adúlteros, los ladrones, los pastores y creyentes falsos, los sacerdotes, y con todos los que buscaban sus placeres en las cosas de este mundo. En ese momento tales personas serán llevadas para recibir, junto con los diablos, la paga de su enemistad contra Jesús en esta vida.

Amigo mío no salvo entre nosotros, ¿qué te parece esto? ¿Puedes seguir esperando la muerte con tanta indiferencia, sin preocuparte de nada? Que sepas que no estarás solo en el infierno, aunque tal vez tu deseo será que estés solo. No, allá estarás junto con toda la banda de los enemigos de Dios, para experimentar un infierno dentro del infierno, y donde Judas maldecirá a los sacerdotes y escribas por causa del dinero para el cual él traicionó a Jesús, y al mismo tiempo ellos lo maldecirán porque él los llevó a Jesús para traicionarlo. Del mismo modo, el joven acusará a la jovencita en el infierno, y la jovencita acusará al joven, porque ambos tentaron el uno al otro a pecar. En el infierno todos maldecirán los unos a los otros, y especialmente aquellos que han pecado juntos, porque se darán cuenta de que han impedido que su prójimo fuera en el buen camino, y porque los unos enseñaron a los otros a burlarse de Jesús, de Su pueblo, y de Su servicio. ¡Oh, qué cosa más terrible será el infierno! No habrá jamás esperanza alguna de un cambio, y siempre se experimentará que ya será demasiado tarde cambiar.

Amigo, ¡todavía no es tarde para arrepentirte! Ora a Dios que te dé ese arrepentimiento verdadero. Mientras que estás vivo, hay tiempo para meditar en estas cosas, y por lo tanto, te ruego que te postres delante del Rey Jesucristo antes de que sea demasiado tarde. Suplica a Dios, pidiéndole la gracia y el perdón de tus pecados. Deja a tus amigos impíos y a todos los que son enemigos de Cristo.

Tal vez tú me dirás: “Pero ellos me van a burlar”. ¿Acaso por este motivo no buscarás tu salvación eterna? Es mil veces mejor que te burlen de ti y que te maldigan aquí en este mundo en cambio de hacerlo juntos contigo en el infierno. Tal vez alguien entre nosotros tenga miedo de que sus parientes y amigos lo abandonen si busca a Dios. Yo le diré a esta persona: deja que te abandonen, porque en su lugar tendrás a todos los que temen a Dios, y ellos te serán por familia. Es más, los santos ángeles te serán tus guardias y hasta tus siervos, y por sobretodo, ¡Dios será tu Padre y Jesús será tu Amigo! Sin embargo, tú tendrás que dar una “carta de divorcio” a tu vida anterior. No hay un tercer camino en la cual puedas servir a Dios y al mundo. “*Cualquiera, pues, que quiera ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios*” (Stg. 4:4).

Ahora me dirijo a cada de las almas angustiadas entre nosotros. Amigo, tú también estabas atado por Satanás antes, y no podías desatarte de los lazos del pecado. ¡Cómo el mundo te tenía como esclavo! Todas las amonestaciones de tus padres, de los siervos de Dios, y de los hijos de Dios cayeron en tus oídos sordos, porque estaban en contra de las delicias del pecado que estabas disfrutando. Ni las bendiciones ni los juicios cambiaron el rumbo de tu vida. Tal vez por un tiempo tú intentó cambiar tu vida, pero cuando la tentación volvió y la oportunidad de pecar apareció, te volviste esclavo del pecado. Y, si hubieras seguido así, habrías entrado a la destrucción eterna, ¿no es cierto?

Sin embargo, como fruto de la entrega voluntaria de Jesús en Getsemaní y Gólgota, el Espíritu Santo entró en tu alma silenciosamente y te avivó, y como resultado de ese gran poder de Dios, comenzaste a sentir las ataduras del pecado y de la injusticia. ¡Qué milagro! Ahora, justo por causa de que has sido desatado por el poder de Dios, has recibido un lugar dentro de los.....¡cautivos! Sí, amigo, así es la condición de los pequeños en la gracia: no experimentan todavía la gloriosa libertad que reciben algunos de los hijos de Dios más avanzados en el camino. A veces esto es motivo de mucha tristeza para ellos, especialmente cuando ven a otros hijos de Dios gozando de la libertad, y cuando los escuchan decir: *“Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo”* (Ro. 5:11). Oh, esa libertad parece tan preciosa para el alma angustiada, pero no puede alcanzarlo por sí mismo. Es entonces que las cadenas pueden parecer tan apretadas, y claman con el Salmista: *“Me han escondido lazo y cuerdas los soberbios; han tendido red junto a la senda; me han puesto lazo”* (Salmo 140:5), y en otras ocasiones dicen: *“Me rodearon ligaduras de muerte, me encontraron las angustias del Seol; angustia y dolor había yo hallado”* (Salmo 116:3).

¿Hay entre nosotros alguien que experimenta lo mismo? No obstante, yo te diría: Su condición no es menos que el fruto del comienzo de ser liberado. Recuerden que el muerto no siente nada de estas aflicciones, sino él que está vivo. Ahora, ¿qué es lo que tiene que suceder en su vida? Pues, Jesús tiene que decir: *“Desatadle, y dejadle ir”*, tal como dijo delante de la tumba de Lázaro (Jn. 11:44). El Señor Jesús *puede* decir esto, ya que Él fue atado para ti. Sí, el Señor lo dirá. “Pero, ¿cuándo?”, tú me preguntas. Jesús lo hará justo cuanto tú te sientes a punto de perecer para siempre. En aquel momento, ¡cómo caerán todas tus cadenas! Esas cadenas que tú mismo no podías quitar, ni tampoco pudo otra persona quitar, son para Jesús como nada más que hilos. Y cuando esto ocurre, tú irás con esta libertad a Dios, y luego entrarás en el cielo para la vida eterna con Él. Ya se dirá de ti tal como se escribe en los Salmos: *“Los sacó de las tinieblas y de la sombra de muerte, y rompió sus prisiones”* (Salmo 107:14).

Hijo de Dios entre nosotros, tal vez tú habrás experimentado muchos motivos de desánimo desde que fuiste desatado por el Señor, pues las cadenas del pecado, de la conformidad a este mundo, y del incredulidad siguen atándote. Oh, amigo mío, ¿qué te puedo decir? Lo cierto es que el verdadero hijo de Dios necesita ser “desatado” cada día de nuevo, hasta el día de su muerte. Sin embargo, cuando puedas

decir con Pablo: “*He acabado la carrera*” (2 Tim. 4:7), entonces Jesús dirá una vez para siempre: “Desatadle, y dejadle ir”, y esa cuerda que ata nuestra alma al cuerpo de pecado ya sería desatada para siempre. He aquí, querido amigo, cada hijo de Dios puede meditar en esta bendita meta mientras camina en este desierto aquí abajo. Que tú también medites en la canción y exaltación que serán tuyas desde los siglos hasta los siglos. Que la alabanza eterna sea a Dios y a Su amado Hijo Cristo, también porque Él dejó que Lo atasen en lugar de Su pueblo.....Amén.